

Eché á correr tras ella.

¡ Oh ! querida Vanly, exclamé, no temáis ; volved, no lo creo ; ese no es posible.

— ¿ Que no es posible ? exclamó Schimindra desesperada en extremo al ver que no la creía : ¿ que no es posible ?

— No : y como yo no tenga una prueba...

— ¿ Y si os doy esa prueba ?

— Pero...

— ¿ Lo creeréis entonces ?

— No habrá otro remedio.

— Creeréis que esa mujer es una envenenadora, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— ¿ Y no la amaréis ya ?

— ¿ Que si no la amaré ? No sólo no la amaré, sino que la denunciaré, y la perseguiré, y la haré guillotinar, colgar, descuartizar.

— ¿ Lo juráis ?

— Lo juro.

— Pues bien ; la prueba... aquí está, dijo Schimindra. Y se bebió el licor de una sola vez, de un solo trago, antes que pudiera decirle :

— ¿ Pero qué es lo que hacéis ?

Lancé entonces un grito, porque al fin yo nada tenía contra la pobre Schimindra, más que el recuerdo de aquel pícaro mono... Pero dejando á un lado estos antecedentes, yo la amaba con todo mi corazón.

— Ahora vais á comprender, me dijo cayendo en mis brazos, por qué se había hecho correr entre los convidados el rumor de que estabais atacado del cólera.

Y en efecto, apenas había pronunciado Schimindra estas palabras, cuando la ví palidecer, y llevándose las manos al pecho, dió todos los indicios del más punzante dolor.

XXVII

Quinto y último matrimonio del tío Alifafes

CONCLUSIÓN

Cuando vi aquello no me quedó ya la menor duda : Vanly era criminal, y Schimindra estaba envenenada.

No tuve más que un deseo ; el de salvar á la infeliz que se había sacrificado por mí.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! exclamé : ¡ un médico ! ¡ un médico !

Y luego, como nadie respondía, porque Vanly había tomado muchas precauciones y la casa estaba enteramente desierta, abrí la ventana.

— ¡ Socorro ! repetí ; ¡ socorro ! ¡ un médico ! ¡ un médico !

Afortunadamente pasaba entonces un mandadero por el muelle : oyó mis gritos, dió conmigo y se puso á mis órdenes.

— Id por un médico, le grité, echándole una moneda de oro.

Recogió la moneda, hizo un movimiento con la cabeza, y soltó el trapo á correr.

Á los cinco minutos volvió con una especie de bonzo ó sacerdote chino, el cual curaba gratis en el pueblo, y era famoso entre la gente del puerto por su ciencia y santidad.

Pero aun cuando apenas habrían pasado diez minutos desde que Schimindra había tomado el veneno, el mal

había hecho ya horribles progresos. La respiración era en extremo ruidosa; los sollozos la interrumpían: los músculos del abdomen y del tórax empezaban á contraerse, tenía la boca espumosa, la cabeza se le iba hacia atrás y empezaban los vómitos.

Sali al encuentro del médico y lo llevé al lado de Schimindra.

— ¡Hola! exclamó al verla, esta mujer tiene el cólera, ó más bien...

El médico vaciló.

— Ó más bien, repetí.

— Ó más bien, está envenenada.

— ¿Con qué?

— Con el upas de Java.

— ¡Eso es! exclamé: sí, sí, ha sido envenenada con el upas de Java. ¿Qué remedio hay?

— Ninguno: es decir, hay uno... pero es muy raro.

— ¿Y qué remedio es ese?

— El bezard.

— ¿El bezard?

— Sí; pero bezard de vaca y no de cabra.

— ¿Y el de monó?

— Mejor que mejor; pero ¿dónde hallarlo?

Lancé un grito de alegría y le dije:

— ¡Tomad! ¡tomad! Y saqué mi piedra bezard de un saquito de cuero.

Schimindra levantó la cabeza.

— ¡Ah! dijo; todavía me ama un poco.

— Hola, exclamó el médico, bezard azul: un verdadero bezard de mono.

— Sí, señor, verdadero; y lo aseguro porque lo he extraído yo mismo; pero no perdáis tiempo: ya veis, ya veis. Y le mostré á Schimindra que luchaba con las convulsiones de la agonía.

— Oh, me contestó: ya no tengáis cuidado: tenemos tiempo.

— Pero dentro de cinco minutos se habrá ya muerto.

— Á no ser que dentro de tres esté buena.

Y el bonzo se puso á raspar el bezard en un vaso de agua con la misma tranquilidad con que hubiera podido deshacer un terrón de azúcar.

El agua tomó al instante un color azulado que poco á poco se cambió en ópalo y tomó reflejos dorados.

Sin duda en aquel estado era como se debía emplear el antidoto, porque el bonzo en seguida me dijo que levantase un poco á Schimindra, é introdujo entre sus dientes, ya apretados por la convulsión, el borde del vaso, que estuvo á punto de quebrarse.

Apenas humedecieron las primeras gotas el paladar de la moribunda, cuando empezaron los músculos á ceder en su tensión, la cabeza se movió blandamente sobre los hombros, los brazos cayeron flojos á ambos lados, cesó la dificultad de la respiración, y en su árida frente apareció una ligera humedad.

Schimindra apuró el vaso, y exclamó luego:

— ¡Oh! ¡Dios mio! Es la vida lo que me habéis dado á beber.

Y mirándome con su última mirada, y dándome las gracias con su última sonrisa, y tratando de darme la mano en su último movimiento, lanzó un suspiro, cerró los ojos y cayó en un letargo que nada tenía de alarmante, porque de aquella apariencia de muerte se veía brotar la vida.

Ni podía dejar á Schimindra en casa de Vanly-Tehing, ni quería tampoco permanecer en ella por lo que, estando situada mi casa á cincuenta pasos de la en que nos hallábamos, tomé á la tagala en brazos, salí con el bonzo, cerré la puerta con la llave, y se la entregué á éste suplicándole que la pusiese inmediatamente en manos

del juez civil, sucesor del penúltimo marido de Vanly-Tehing, y que le contase cuanto había visto, mientras que yo llevaba á mi casa á Schimindra, que, según me dijo el doctor, no tenía ya necesidad más que de un sueño tranquilo,

Habiéndola dejado acostada, me volví á mi cuarto y me acosté también.

Imposible me es explicar lo que pasó en mi cabeza así que apagué la luz, y que, vencido por la fatiga, me hallé en el estado de embriaguez en que ni uno duerme ni está despierto. Se me figuraba que mis cuatro mujeres se habían citado para venir á los pies de mi cama; allí estaban Nahi-Nava Nahina, doña Inés, Amaron y Vanly-Tehing, todas reclamándome, dándome tirones, y disputando más bien como furias que como tiernas esposas, mientras que la pobre Schimindra, á quien la muerte sin duda había dado sus alas, se suspendía en el aire delante de mí y me defendía con todas sus fuerzas, empujándolas, apartándolas y persiguiéndolas; pero cuando conseguía echarlas así por las puertas de la habitación, se volvían á entrar por las ventanas, y volvían á caer sobre mi cama, encarnizándose conmigo de tal manera, que ya me parecía que mi alma se partía en tantos pedazos como mi cuerpo, y que una se llevaba una pierna, otra un brazo, ésta un miembro, aquélla otro.

De repente se abrió la puerta y vi aparecer un fantasma cubierto con un velo: ante él desaparecieron mis cuatro mujeres indias, y vino, haciendo con un gesto que también se alejara Schimindra, á acostarse tranquilamente á mi lado.

¡Oh! os aseguro que este fantasma me hizo tan gran servicio que me refugié en sus brazos, en los que después de una agitación que me duró unos cuantos instantes, me quedé completamente dormido.

Al día siguiente, el primer rayo del sol, dándome

directamente en el rostro, me arrancó del sueño; abrí los ojos y lancé un grito de sorpresa.

Estaba acostado al lado de la Buchold.

Pero la Buchold estaba tan pálida, tan cambiada que no tuve valor para echarla en cara su visita; tan poco tiempo se me figuró que le quedaba de vida.

Por otra parte me acordaba del gran servicio que me había hecho aquella noche.

— ¡Cómo! ¿sois vos? le dije.

— Sí, yo, que, enferma como estoy, no he titubeado en traerlos personalmente una buena noticia.

— ¡Ah! sí: habéis dado á luz.....

— Una niña, una lindísima niña; y en cumplimiento de lo que os ofrecí le he puesto el nombre de Margarita.

— ¿Y quién ha sido su padrino?

— ¡Oh! mucho os alegraréis de saberlo, amigo mío: es uno de los más ilustres profesores de la universidad de Leyde: el doctor Van Holstentius.

— Sí, lo conozco.

— Éste me ha prometido tenerla el mismo cariño que si fuese hija suya; pero.....

— ¿Pero qué?

— Temo que cuando falte yo de allí.....

— ¿Cómo es eso? ¿cuando faltéis de allí? ¿Habéis salido de Monnikendam con ánimo de no volver?

— Al contrario, amigo mío, volveré muy pronto, tranquilizaos; pero como no somos inmortales, si yo me muriera, mis pobres hijos.....

— ¿No tendría cada uno su padrino que los quieren como si fuesen sus padres? ¿no tendrían al burgomaestre Wan Clief, al ingeniero Van Broeck, al reverendo Van Cabel, al doctor Van Holstentius, etc., etc., etc.?

— ¡Ay! respondió la Buchold; conozco, por lo que me ha sucedido con vos, hasta qué punto se puede creer

en las palabras de los hombres. Eran más bien promesas vanas que realidades los compromisos en que entraron nuestros ilustres protectores; de suerte que hoy, querido amigo mío, á no ser por vuestro compadre Simón Van Groot, el guarda del puerto de Monnikendam, no sé qué será de mí, de los hijos que tengo y de los que puedan venir en adelante.

— ¿Cómo los que vengan en adelante? ¿Á cuántos estamos hoy?

— Á 28 de octubre.

— Bien. ¿Y qué santo ó qué santa es hoy?

— Hoy dos grandes santos: san Simón y san Judas.

— ¡Ah! ¡es fuerte cosa! exclamé: lo que es por ahora no me quedo satisfecho sino con dos gemelos.

— En ese caso, dijo la Buchold, serán los últimos.

— ¿Y cómo así?

— ¡Pues qué! ¿no veis cuán cambiada estoy?

Ya he dicho que este trastorno de fisonomía me había chocado desde que la vi.

— Es verdad, le dije, ¿qué tenéis?

— ¿Creéis, me dijo sonriéndose tristemente, que viajes como el que acabo de hacer no fatigan? He venido á veros, sin que esto sea queja, cuatro veces: ir y volver es lo mismo que andar treinta y dos mil leguas; dar cuatro veces la vuelta al mundo; ¿os parece que hay muchas mujeres que hagan otro tanto por... un picaro de un hombre que no piensa más que en engañarlas? ¡Ah!

Y la Buchold derramó algunas lágrimas.

Era tan cierto lo que me decía que no pude menos de entermecerme.

— ¡Vamos! ¿y por qué habéis venido, le pregunté?

— Porque, en resumidas cuentas, ¡os amo! ¡Ah! si os hubierais quedado en Monnikendam, quizás hubiéramos sido tan dichosos!

— ¿Con vuestro lindo carácter? ¡ya era fácil!

— ¿Y qué queréis? Por donde más se ha distinguido mi carácter ha sido por los celos, y estos celos eran sin embargo hijos del exceso de mi amor. Y si no, decidme, ahora que ya han pasado cinco años, ¿si eran tan inocentes vuestros viajes á Amsterdam, á Edam y á Stavorin?

Yo me rasqué la oreja.

— ¡Pche! contesté por no mentir.

— Ya veis que haciais mal; y sobre ese punto ¿qué tenéis que echarme en cara?

— Nada, lo sé; nada mientras estuve por allá.

— Conque parece que después...

— Después, aquello se enredó un poco. Pero en fin, tampoco hay nada que decir, porque, al menos para mí, las apariencias son las mismas y las fechas se corresponden; ¿no es así?

— Día por día.

Lancé un suspiro.

— ¡Ay! exclamé filosóficamente; el hecho es que hay que andar mucho para hallar la felicidad...

— Sí, y que se encuentran mujeres; ¿no es verdad? Pasemos revista á vuestras mujeres.

— No hay para qué tomarse ese trabajo; las conozco á todas; estoy curado del matrimonio, ó mejor dicho, de los matrimonios.

— ¡Ay, pobre amigo mío! No hay nada como la casa, el hogar doméstico, los hijos: volved y hallaréis todo esto, todo... menos yo quizás.

— ¡No digáis eso!

— Sé lo que digo, respondió moviendo la cabeza y exhalando un suspiro; pero moriría tranquila si supiera que, á falta de su madre, mis hijos...

— Bien, bien... no nos enternezcamos; ya se atenderá á todo: volveré allá.

— Es cosa indispensable.

— Y anunciad mi vuelta.

— ¡ Oh ! ¿ de veras ?

— Mirad que no quedo comprometido ; haré lo que pueda y nada más.

— Adiós : me voy con esa esperanza.

— Idos, querida mia, y ya veremos.

— Sí, ya veremos... Adiós.

Y la Buchold me dió su último abrazo, lanzó un suspiro, y salió.

Esta aparición me había dejado una impresión muy diferente de la causada por las anteriores apariciones. Por otra parte, como ya se lo tenía dicho, la comparación de las mujeres holandesas con las españolas, malabares y chinas no era ventajosa para estas últimas : Schimindra era la única que podía contrabalancear la influencia europea ; pero ya sabéis que tenía en su contra la historia del maldito mono...

Desde entonces no pensé más que en poner en orden todos mis asuntos y volver á Europa.

Pero antes de salir, mi primer cuidado fué asegurar la suerte de la pobre Schimindra.

Le dejé mi fábrica de cigarros, que tenía muchas existencias, y el resto de mi bezard, al cual le faltaba un pedazo ; pero aun cuando le faltaba este pedazo valia aun dos ó tres mil rupias, y con tanta más razón cuanto que se había probado su eficacia.

Por lo que hace á Vanly-Tching, supe que había desaparecido llevándose su cajita, y nadie oyó hablar de ella durante los cinco meses que aun permanecí en Binondo.

En fin, el día 5 de febrero de 1829, á los seis años cumplidos de mi llegada á Indias, salí de Binondo, no sin haber realizado antes una suma de cuarenta y cinco mil francos que mi corresponsal metió en su caja, dándome en cambio letras contra las casas más fuertes de Amsterdam.

Muy larga fué la travesía á causa de las calmas que

hallamos en el Ecuador, y á los seis meses de mi salida de Manila divisamos el cabo de Finisterre, después de blamos la punta de Cherbourg, luego entramos en la Mancha, y el 18 de agosto, en fin, anclamos en el puerto de Rotterdam.

Ningún motivo tenía para estacionarme allí ; subí aquel mismo día en la diligencia de Amsterdam, y después de haber llegado á este punto, entré en un barco que salia para Monnikendam.

Este barco era precisamente el del mismo pescador que seis años y medio antes me había llevado á bordo del *Juan de Witt*, á quien no había podido pagar mi pasaje y que no había dejado por eso de prometerme que bebería á mi salud, promesa que había cumplido religiosamente.

En aquella ocasión, en vez de un saco de piedras, llevaba yo en mi bolsillo una cartera que encerraba cuarenta y cinco mil libras.

De suerte que al desembarcar en Monnikendam, como le debía no sólo el último pasaje sino también el anterior, y además los réditos á interés compuesto durante seis años, le dí veinticinco florines, cantidad que habria caído muy pocas veces en su mano. En seguida me fui hacia mi casa.

Desde lejos ví que estaba á la puerta una nodriza vestida de luto dando de mamar á dos niños pequeñitos.

Todo lo comprendí.

Entré en la sala baja donde se hallaban mis cuatro hijos.

Los tres varones salieron huyendo al verme.

La niña como no andaba sola todavía, tuvo que permanecer en la habitación.

Comprendí también entonces que aquellos inocentes me tenían por una persona extraña : tomé en brazos á

mi Margarita, que se echó á llorar, y me volví hacia la puerta para darme á conocer de los vecinos.

En aquel momento entró en la sala Simón Van Groot, que habiendo sabido la llegada de un extranjero y su dirección hacia casa de la Buchold, había venido corriendo y sospechando lo que sucedía, y traía consigo á los tres fugitivos y además á la nodriza con los dos pequeñuelos.

Todo se aclaró en seguida.

— ¿Y la pobre Buchold? pregunté.

— Llegas dos meses más tarde que lo que debieras, mi querido Alifafes, respondió Simón Van Groot; la Buchold murió dando á luz á dos gemelos.

— Sí, á Simón y Judas.

— Exactamente. He cuidado de tu familia durante tu ausencia. Los acreedores habían vendido la casa y yo la volví á comprar, vendieron los muebles y los compré también, porque sabía que habías de volver y quería que á tu vuelta hallases las cosas en el mismo estado en que las dejaste.

— Gracias, Van Groot.

— Pero la pobre Buchold...

— ¡Qué le hemos de hacer, Simón! todos somos mortales.

— ¡Ay! jamás encontrarás otra como ella, Alifafes.

— Es muy probable.

Nos abrazamos llorando y luego arreglamos nuestras cuentas.

Le pagué el precio de la casa y de los muebles, los que guardé para dote de Margarita.

Luego coloqué seis mil francos á nombre de cada uno de los varones, reservándome los gananciales hasta que llegasen á su mayor edad.

En fin, guardé nueve mil francos para mí con el objeto de no vivir jamás á expensas de nadie y de no tener que hacer más que meter la mano en el bolsillo para sacar

mi tarro de aguardiente de caña, de ron y de rack.

Aquí acabó su narración el tío Alifafes; pero no pude menos de preguntarle:

— ¿Y no habéis vuelto á ver á la Buchold?

— Sí, una vez: vino á contarme que ya estaba yo libre de ella para siempre, porque acababa de casarse con Simón Van Groot que se había muerto la víspera, habiendo pedido el viejo bribón que le enterrasen junto á ella. De modo, añadió el tío Alifafes bebiendo su último trago de rack, que estoy libre ya en este mundo y en el otro. Á lo menos así lo espero.

Dichas estas palabras soltó una carcajada especial suya y se fué resbalando de su asiento, hasta llegar debajo de la mesa, de donde salió casi al punto un ronquido que ninguna duda nos dejó de lo reposado del sueño á que acababa de entregarse aquel corazón puro y libre de remordimientos.

Al mismo instante oí que se abría la puerta, volví la cara, y llegó á mis oídos un acento suave y armonioso.

Era la voz de Margarita, quien apareció en el umbral de la puerta con una lámpara en la mano.

— Ya es tiempo, señores, de que os vayáis á descansar, nos dijo: voy á enseñaros vuestra habitación. Mi pobre padre os habrá fastidiado mucho con sus historias, ¿no es verdad? pero es menester tratarlo con indulgencia. Ha estado seis años en la casa de locos de Horn, en vida de nuestra pobre madre, y no ha salido curado del todo. Siempre está contando las locuras y disparates que le trastornan el cerebro, y con más razón cuando abusa de las bebidas, lo cual le sucede con frecuencia; pero ya volverá en sí, como le sucede siempre, y olvidará sus viajes á la India, viajes que nunca ha hecho más que en su imaginación.

Oída esta explicación nos fuimos á acostar, habiéndonos parecido mucho más probable lo que nos acababan

de decir que todo lo que [había contado el tío Alifafes.

Al día siguiente preguntamos por él para despedirnos; pero nos dijeron que había salido de madrugada para llevar á un viajero á Stavorin.

De modo que salimos de Monnikendam sin saber quién había mentido; si la boca vieja y sin dientes del tío Alifafes ó la fresca y linda boca de su hija Margarita.

Sin embargo, una cosa nos hizo desconfiar de la hospedera del *buen hombre trópico*, y es que el día anterior nos había hablado solamente por señas, y que de improviso, al día siguiente, nos había hablado en francés para darnos la explicación que acabamos de transcribir.

Á las personas que han estado en Indias toca juzgar si el tío Alifafes había visto los países que describía, y cuya descripción hemos hecho también, ó si no vió á Madagascar, Ceylán, Negundo, Goa, Calcuta, Manila y Binondo, sino desde la casa de locos de Horn.

EL TESTAMENTO DE M. DE CHAUVELIN

I

La casa de la calle de Vaugirard

Yendo por la calle de Cherche-Midi á la calle de Notre-Dame-des-Champs, se halla á la izquierda, enfrente de una fuente que forma el ángulo de la calle de Regard y de la de Vaugirard, una casita anotada en los registros municipales de la ciudad de París con el número 84.

Antes de seguir adelante voy á hacer una confesión, que no deja de serme penosa. Esa casa, en que me recibió la más franca amistad cuando llegué por primera vez á París; esa casa en que hallé un cariño fraternal durante tres años, esa casa adonde podía ir con los ojos cerrados, así en los días de desgracia como en los de felicidad, seguro de que se habían de abrir sus puertas á la vista de mis lágrimas ó de mi alegría; esa misma, para indicar bien su situación topográfica á mis lectores, acabo de hacerla reconstruir yo mismo, para sujetarme forzosa-mente á un plano de la ciudad de París.